

Laisser

Un escuadrón de soldados en mitad de una épica batalla descansa, congelado en sus posiciones. El comandante frente a sus hombres, inspira a seguir luchando contra las bestias prehistóricas. En la retaguardia, el operador de radio desesperadamente pide apoyo aéreo. Con una rodilla en el suelo, un soldado apunta su bazuca al enemigo. Han sido abandonados en sus posiciones, incapaces de moverse por cuenta propia, y el general se encuentra ausente.

No han alcanzado a acumular polvo cuando comienzan a moverse de nuevo. Pero esta vez no son precisos movimientos por parte del general, sino un temblor que los hace agitar a todos. Uno de los cae y las vibraciones aumentan. Justo cuando alcanzaban su máximo punto, repentinamente paran. Pero la tranquilidad dura poco y un gigantesco retumbar vuelve a remecer la casa donde se encuentran. El bombardeo no para, haciendo crujir y estremecer la casa. Los soldados siguen inmóviles, incapaces de moverse por cuenta propia.

De repente, las vibraciones vienen de más cerca. Un golpe menor en fuerza pero más próximo, seguido de pasos rápidos y pesados que suben a la batalla inmóvil. El comandante y todas las bestias son aplastados por una puerta que cae de golpe sobre ellos, mientras los demás salen volando por el impacto. Botas negras pisan la puerta, y su dueño revisa la habitación. Al ver los juguetes desparramados, el invasor ríe entre dientes, antes de darse vuelta y seguir revisando la casa. Otra familia que escapó en apuros, a ver si encuentra algo valioso que hayan olvidado.

El campo de batalla se ha convertido en un cementerio. Ahora si se asienta el polvo sobre los soldados esparcidos, y su abandono se concreta como final. En esa posición quedarán hasta que la casa sea demolida, su estructura dañada por los disparos de tanques. Estoicamente aceptan su destino, pero se preguntan que habrá sido de su general.

.....

La mochila le pesaba a Paul, pero no decía nada para no hacer llorar más a su madre. Solo la había visto llorar dos veces antes, y una de esas fue cuando se murió la abuela. Pero desde que se tuvieron que ir de casa, lloraba a diario, aunque trataba de esconderlo. Ambos caminaban todo el día, junto con muchos otros que habían tenido que escapar también. Al principio iban de la mano, pero pronto se cansaron de eso y se concentraban en caminar. Con la conversación fue pasando lo mismo, inicialmente su mamá trataba de conversarle de lo que fuera, pero pronto cayeron en un silencio rara vez interrumpido. Su papá estaba más atrás, peleando contra los malvados invasores. Paul era un niño, pero no era tonto, y sabía que era probable que no lo volviera a ver. A pesar de que su mamá intentaba esconderle los periódicos y no lo dejaba escuchar la radio, era imposible no darse cuenta de que estaban perdiendo. Por algo se habían tenido que ir de casa, y aunque su mamá trató de compararlo con las vacaciones que tomaron a la playa el año anterior, esa ilusión duró poco.

Lo de la playa resultó ser verdad, y llegaron a la costa. Ahí pasaron una semana, su mamá trabajando de mucama en un hotel y él vendiendo diarios en la esquina, en reemplazo de otro niño que estaba con

polio. Finalmente entre sus ahorros y lo que ganaron esa semana se pagaron un pasaje en barco para escapar de un país invadido. Su mamá lloró una vez más mientras se alejaban de la costa, y esta vez Paul se unió a su lamento, por primera vez apreciando lo definitivo de la situación. Nunca volvería a ver a sus amigos, a sus profesoras del colegio, a su papá ni a sus primos. Iba a un lugar donde ni hablaban su idioma, donde no conocían a nadie, todo por un estúpido señor que les había declarado la guerra.

Llegando al nuevo mundo, Paul entendió por qué lo llamaban así. Todos los edificios rascaban el cielo, habían autos por todas partes y la gente se notaba más animada, más feliz. Por primera vez en mucho tiempo, el niño sonrió genuinamente, olvidando por un momento las cosas que dejó atrás y sintiendo la esperanza de una nueva oportunidad.

Tuvieron un comienzo difícil, pero pronto la mamá de Paul comenzó a trabajar en una fábrica y Paul siguió vendiendo diarios, aunque esos no los podía leer todavía. De a poco fueron aprendiendo el idioma y adaptándose al estilo de vida. Era agotador pero vivían en paz en un pequeño departamento que no era tan frío en invierno. Eventualmente su mamá renunció a su trabajo en la fábrica y comenzó a trabajar de secretaria, ya que ahora manejaba el inglés lo suficiente como para tomar notas y escribir recados. Esto permitió que Paul volviera al colegio y siguiera con sus estudios, y mientras que en Francia nunca tenía muchas ganas de ir al colegio, ahora se despertaba emocionado en las mañanas para ir.

Un domingo caminaban juntos por la ciudad, paseando como solían hacerlo, ya que ambos pasaban la mayor parte de la semana sentados y apreciaban la oportunidad de recorrer. Pasaron frente a una tienda de juguetes, y Paul se quedó mirando. La mamá se acercó a ver que había llamado la atención de su hijo y vio, dentro de la tienda, unos soldaditos verdes dispuestos en la vitrina.

“Recuerdo lo mucho que te gustaba jugar con esos, Paul. ¿Quieres que compremos algunos?” preguntó.

“No mamá... Ya abandoné los míos una vez, y un general que abandona a sus tropas no merece el título” respondió Paul, extrañamente serio. “Además, hay tanta guerra en el mundo, que no vale la pena jugar a eso.” Sin más que decir, siguió caminando como si nada, distraído por una vitrina distinta.

La mamá llevaba un par de meses sin llorar, pero antes que se diera cuenta ya le rodaban lágrimas por las mejillas. A pesar de no aparentarlo, claramente Paul había dejado atrás algo más que unos soldados de juguete.